

**desde la
escritura•**



De la marginalidad sexual en América Latina

"Hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos"

Carlos Monsiváis

Otra forma de emancipación o de independencia tiene que ver con la moral tradicional y sus distanciamientos, en primer término el concerniente a la autodestrucción por la bebida, la droga, el sexo en los tiempos de la sífilis. La bohemia, un proyecto radical de autonomía, es el escenario de días enteros de creación colectiva, de envanecimiento por "la pérdida de la razón", del olvido de las lecciones de la moral familiar.

En lo sexual, los "poetas malditos" sólo aparecen en el siglo XX y son homosexuales ansiosos de expresar "la verdad de su amor verdadero". La mera existencia de sus textos es un grave escándalo ("Ya no hay moral"), y el primer latinoamericano que desafía es el colombiano Porfirio Barba Jacob (1883-1942) que, como se decía entonces, "no tiene temor de Dios". Así, el poema "Canción delirante":

Coro

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión;
ved nuestras vagas huellas errantes,
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón

Y la "Elegía del marino ilusorio":

Pensando estoy... Yo como ceñiría
la cabeza encrespada y voluptuosa
de un joven en la plaza deleitosa
cual besa el mar con sus lenguas el día.
Y cómo, de él cautivo, temblando, suspirando
contra la muerte
su juventud indómita, tierno, protegería.
Contra la muerte,
su silueta ilusoria vaga en mi poesía.

Y en "Un hombre", su texto más empecinado y patético, se libera de las opresiones al reconocerlas:

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,
 como entre duras barras,
 en los abrazos férreos de una pasión inicua,
 mientras se quema el alma en fulgor iracundo,
 muda, lúgubre,
 vaso de oprobio y lámpara de sacrificio universal:
 Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso
 de esta palabra: ¡UN HOMBRE!

¿Por qué expresar la intimidad prohibida? Tal vez por la convicción de la época: no se puede mentir en la poesía. Apunta el colombiano Alberto Restrepo: "Barba Jacob, hijo de una época sacudida por relativismos morales, estéticos y filosóficos, no pudo estar nunca satisfecho sin unos valores éticos y absolutos". Tal vez en desquite, en su comportamiento periodístico Barba Jacob es inescrupuloso, adula a tiranos y gobernantes autoritarios, miente, difama. En su poesía no admite componendas:

Hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
 que nos depara en vano su carne la mujer;
 tras de ceñir un talle y acariciar un seno
 la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.
 Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
 como en las noches lúgubres el llanto del pinar:
 el alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
 y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

De "Canción de la vida profunda"

Los placeres prohibidos

En la década de 1930, los guardianes de las virtudes latinoamericanas (entre los que se cuentan novelistas, poetas, funcionarios, pintores) quieren eliminar de la nación misma, en una noche de cuchillos largos del presupuesto y de la respetabilidad, a los agentes del debilitamiento. En esta tarea coinciden el nacionalismo cultural, con su teoría de los méritos de la raza, el vigor del prejuicio: chistes y chismes y burlas y agresiones físicas y verbales; el rencor activo contra el comportamiento diferente, y la homofobia comunista. Escribe en su alegato incondicional, *Rusia*, Henri Barbusse, el escritor comunista más afamado después de Máximo Gorki, el autor de *Stalin, un*

nuevo mundo a través de un hombre: "André Gide [...] ha elevado el homosexualismo a categoría de arte, lo que le ha proporcionado gran influencia moral. Hoy habla de todo con la autoridad que confiere el escándalo, del que se ha hecho árbitro".

En Cuba, España, Perú, México, Colombia, hay poetas dispuestos "a levantar su amor por el cielo". Emilio Ballagas en Cuba o Luis Cernuda y Federico García Lorca en España y Salvador Novo y Xavier Villaurrutia en México, responden al mismo impulso: a partir de su experiencia *otra*, elaborar una estética, en deuda teórica con Gide, Proust y Cocteau, y en la práctica requerida de un enorme valor civil. Para ellos lo más importante es nombrar para ocupar el espacio antes regido por el ocultamiento, darle a la literatura la calidad de intérprete y testigo de la legitimidad del deseo heterodoxo válido entre otras cosas al ser susceptible de poesía. Escribe Luis Cernuda en *Los placeres prohibidos*:

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
 Si el hombre pudiera levantar su amor por
 el cielo
 Como una nube en la luz;
 Si como muros que se derrumban,
 Para saludar la verdad erguida en medio,
 Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo
 la verdad de su amor,
 La verdad de sí mismo,
 Que no se llame gloria, fortuna o ambición,
 Sino amoroso deseo.
 Yo sería aquel que imaginaba;
 Aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
 Proclama ante los hombres la verdad
 ignorada
 La verdad de su amor verdadero.

(De "Si el hombre pudiera decir")

En la "Oda a Walt Whitman", tan famosa, tan explícita y tan colmada de una visión jerárquica de la homosexualidad, con los maricas en el fondo, García Lorca justifica la infertilidad de los homosexuales:

Porque es justo que un hombre no busque su deleite
 en la selva de sangre de la mañana próxima,
 el cielo tiene playas donde evitar la vida
 y hay cuerpos que no deben repetirse en la aurora.

Los poetas de *Contemporáneos*

En la Ciudad de México, relativamente pequeña, la homosexualidad inocultable de tres de los poetas de la revista *Contemporáneos* es indispensable para situar un proceso de marginalidad o integración culturales. ¿Cómo dicen Carlos Pellicer, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia su verdad? En formas distintas. Novo (1904-1974) acepta el patetismo de las flagelaciones; él se considera un expulsado del paraíso y del infierno, y no le es suficiente el lenguaje poético al uso para verter su heterodoxia:

Yo te escribiera a diario, dueño mío:
fatigara mis ojos con tu anhelo;
diera al papel las tintas de mi duelo
y al sol la angustia de mi lecho frío.

¿Pero cómo plasmar mi desvarío
con palabras escritas en el hielo
deste común hablar, luz de mi cielo,
deste lenguaje pródigo y vacío?

La precocidad de Novo va a la par de su compulsión sexual. Él abandona sin dificultad la influencia del casi místico Enrique González Martínez, se vuelve desesperadamente moderno y, al mismo tiempo, acomete su condición gay como si fuera —por así decirlo— una empresa revolucionaria, con la intrepidez y el apetito interminable muy propios de toda minoría reprimida que con su comportamiento se adueña de nuevos espacios. A las libertades al alcance se llega con "descaro", el término que expresa la pérdida voluntaria del rostro social. ¿Qué se le va a hacer? Al machismo los "amanerados" convocan al linchamiento de toda índole, con frecuencia físico. Entonces el "amaneramiento" depende no sólo de circunstancias biológicas sino de la adopción del estilo que es también un ajuste psicológico. Así —aun para sí mismo— un homosexual no "afeminado" es una rareza y en Novo el "afeminamiento" vigoroso lo señala volviéndolo inocultable a los 18 o los 20 años. Esta "aureola" es el primer pago de la disidencia, y debido al escándalo los rumores sobre la conducta son la más efectiva tarjeta de presentación.

En el caso de los gays la naturaleza del deseo determina su visión del mundo. Para los marginados por su elección sexual no existe tal cosa como lo apartado del deseo. La apatencia es compulsiva al ser tan difícil y costosa en más de un sentido. No es que el gay le dedique más tiempo real y mental al sexo que los heterosexuales, sino que los escollos para el ejercicio de su

impulso alían la gana, la frustración y el temor. Y de allí el sexocentrismo, y de allí la jactancia irónica. Véase un soneto "procaz" de Novo:

Me dije: "Ya por fin la vida mía
el objeto encontró de su ternura;
es él quien llenará con su dulzura
para todos los siglos mi alegría".

Pero un año pasó desde aquel día;
monótona tornose mi ventura,
y vi junto a su carne prematura
huerto en sazón que mieles ofrecía.

Déjame en mi camino. Por fortuna
ni el Código Civil ha de obligarte
ni tuvimos familia importuna.

El tiempo ha de ayudarme a subsanarte.
Nada en mí te recuerda —salvo una
leve amplitud mayor— en cierta parte.

A este soneto se le califica de "cínico y desvergonzado". Hoy su calidad, ya sin los enfados del moralismo, lo añade a la órbita de la gran poesía satírica.

* * * * *

En una minoría de homosexuales el refinamiento puede ser de las costumbres y de las ideas. Los "rasgos característicos" (ironía que cauteriza los males por venir, "exotismo", fe en el carácter providencial del buen gusto) se orientan por los hechos y los textos del clásico marginal y central, Oscar Wilde. En el caso de los estetas gays *la Universidad* es Oscar Wilde. La gente culta lee sus cuentos: "El ruiseñor y la rosa", "El gigante egoísta", "El príncipe feliz", "El cumpleaños de la infantita", su novela *El retrato de Dorian Gray* y las obras de teatro (la más representada: *La importancia de llamarse Ernesto*). Pese al episodio trágico y patético de Oscar y Bossie (del que se habla en las conversaciones "sólo para hombres"), la sociedad no ignora al narrador, el fabulista, el dramaturgo, el renovador del sentido del humor. Wilde es el *role model* perfecto de los propósitos de dominio social y despliegue estilístico. Entonces, el enlace entre la vida tranquila del ocultamiento, medianamente satisfactoria y el destino fatal, es Wilde, el desastre-al-final-del-camino y el éxito al sobrevivir la obra a la ruina física y moral.

Si no hay una "cárcel de Reading" sí se puede reconstruir algunos sentimientos del preso. Eso lo capta Novo.

Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen,
 grotescas para la caricia, inútiles para el taller o la azada,
 largas y flácidas como una flor privada de simiente
 o como reptil que entrega su veneno
 porque no tiene nada más que ofrecer.
 Los que tenemos una mirada culpable y amarga
 por donde mira la Muerte no lograda del mundo
 y fulge una sonrisa que se congela frente a las estatuas desnudas
 porque no podrá nunca cerrarse sobre los anillos de oro
 ni entregarse como una antorcha sobre los horizontes del Tiempo
 en una noche cuya aurora es solamente este mediodía
 que nos flagela la carne por instantes arrancados a la eternidad...

De "Elegía"

Xavier Villaurrutia: El deseo, "una enorme cicatriz luminosa"

Xavier Villaurrutia (1903-1950) está convencido de la fuerza congregada de la heterodoxia, del impulso coral que nombra lo prohibido. En "Nocturno de los ángeles", el poema más abierto y sensual de Villaurrutia, el horizonte se puebla de marinos, ese símbolo homoerótico de —entre otros— Cernuda, Hart Crane, García Lorca, Paul Cadmus, Jean Genet, Fassbinder, Porfirio Barba Jacob. En "Nocturno de los ángeles", y aún más acentuadamente en las ilustraciones adjuntas que Villaurrutia le regala a Carlos Pellicer, las avenidas del Ligue son el secreto compartido, el nomadismo de las miradas al acecho, la coreografía óptica que va del coqueteo a la aceptación, el ámbito por excelencia de la especie numerosa que redobla su ánimo cuando el cuarto encierra a la pareja imprevista.

"El río de la calle queda desierto un instante", afirma el "Nocturno", y esto corresponde a la visión panorámica de Villaurrutia, y sus descripciones metafóricas. El deseo, "una enorme cicatriz luminosa", le concede a las ceremonias del Ligue ese suspenso casi metafísico donde las apetencias son a un tiempo vislumbre y ejercicio del deseo y cadena de frustraciones:

Queda un momento paralizado, mudo, anhelante
 como el corazón entre dos espasmos.

"Nocturno de los ángeles" es un texto de asombrosa vitalidad, donde lo gay se distancia del clóset (el armario) y de la orgía para convertirse en un paisaje de oportunidades y consumaciones, de utopías genitales y desahogos tumultuosos. Es un poema descriptivo y escénico, donde las expresiones "audaces" son la síntesis que, en todo caso, redimen de protagonismo a los actos sexuales

consensuados entre adultos, como dice la expresión legal. El ligue es el camino de las apetencias, el coito es la explosión divina, angélica o arcangélica:

¡Son los ángeles!
 Han bajado a la tierra
 por invisibles escalas.
 Vienen del mar, que es el espejo del cielo,
 en barcos de humo y sombra,
 a fundirse y confundirse con los mortales,
 a rendir sus frentes en los muslos de las mujeres,
 a dejar que otras manos palpen sus cuerpos febrilmente,
 y que otros cuerpos busquen los suyos hasta encontrarlos
 como se encuentran al cerrarse los labios de una misma boca,
 a fatigar su boca tanto tiempo inactiva,
 a poner en libertad sus lenguas de fuego,
 a decir las canciones, los juramentos, las malas palabras
 en que los hombres concentran el antiguo misterio
 de la carne, la sangre y el deseo.

Tienen nombres supuestos, divinamente sencillos.
 Se llaman Dick o John, o Marvin o Louis.
 En nada sino en la belleza se distinguen de los mortales.
 Caminan, se detienen, prosiguen.
 Cambian miradas, atreven sonrisas.
 Forman imprevistas parejas.

Sonríen maliciosamente al subir en los ascensores de los hoteles
 donde aún se practica el vuelo lento y vertical.
 En sus cuerpos desnudos hay huellas celestiales;
 signos, estrellas y letras azules.
 Se dejan caer en las camas, se hunden en las almohadas
 que los hacen pensar todavía un momento en las nubes.
 Pero cierran los ojos para entregarse mejor a los goces de su
 encarnación misteriosa,
 y, cuando duermen, sueñan no con los ángeles sino con los mortales.
 De "Nocturno de los ángeles"

Carlos Pellicer: "Que se cierre esa puerta"

¿De qué manera interpretar, un acto en ocasiones inevitable, estas líneas de Carlos Pellicer (1897-1978)?

Sé del silencio ante la gente oscura,
 de callar este amor que es de otro modo.

O este otro poema de Pellicer, el más explícito de su obra, con su versión del sigilo necesario en el mundo represivo:

Que se cierre esa puerta
que no me deja estar a solas con tus besos.
Que se cierre esa puerta
por donde campos, sol y rosas quieren vernos.
Esa puerta por donde
la cal azul de los pilares entra
a mirar como niños maliciosos
la timidez de nuestros corazones
que no se dan porque la puerta, abierta...

Por razones serenas
pasamos largo tiempo a puerta abierta.
Y arriesgado es besarse
y oprimirse la manos, ni siquiera
callar en buena lid...

De Recuentos y otros poemas

¿Para una pareja heterosexual sería arriesgado besarse, oprimirse las manos, mirarse demasiado, callar en buena lid?

Los gays en Cuba: "Todavía puede esta gente salvarse del cielo"

Al censurar la hipocresía en torno de la homosexualidad de Emilio Ballagas (1908-1954), Virgilio Piñera advierte: "La lucha de Ballagas no era con la sociedad, sino consigo mismo. Su error —y por él luchó a brazo partido— fue estimarse él mismo como un ser, no al margen de esa sociedad, no como un *hors-la-loi*, sino al margen de sí mismo, fuera de la ley de sí mismo". Véase un fragmento de su poema más conocido, "Elegía sin nombre":

Iba yo. Tú venías,
aunque tu cuerpo bello reposara tendido.
Tú avanzabas, amor, te empujaba el destino,
como empuja a las velas el titánico viento
de hombros estremecidos...

Nadabas,
yo quería amarte con un pecho
parecido al del agua; que atravesaras ágil,
fugaz, sin fatigarte. Tenías y aún las tienes
las uñas ovaladas,

metal casi cristal en la garganta
 que da su timbre fresco sin quebrarse.
 Sé que ya la paz no es mía:
 te trajeron las olas
 que venían ¿de dónde? que son inquietas siempre;
 que te vas ya por ellas o sobre las arenas,
 que el viento te conduce
 como a un árbol que crece con musicales hojas.

Virgilio Piñera (1912-1979), homosexual, ateo, anticomunista. En su poema "La isla en peso", Piñera escribe:

La maldita circunstancia del agua por todas partes me obliga a sentarme en la mesa del café. Si no pensara que el agua me rodea como un cáncer hubiera podido dormir a pierna suelta. Mientras los muchachos se despojaban de sus ropas para nadar, doce personas morían en un cuarto por compresión.

Y más adelante Piñera alcanza niveles de gran poesía:

La eterna miseria que es el acto de recordar.
 Si tú pudieras formar de nuevo aquellas combinaciones
 devolviéndome el país sin el agua,
 me la bebería toda para escupir el cielo.
 Pero he visto la música detenida en las caderas,
 he visto a las negras bailando con vasos de ron en sus cabezas.
 Hay que saltar del lecho con la firme convicción
 de que tu corazón te saldrá por la boca.
 Aún flota en los arrecifes el uniforme del marinero ahogado.
 Hay que saltar del lecho y buscar la vena mayor del mar
 para desangrarlo.

"La isla en peso" contiene la visión de pertenencia y alejamiento, de apropiación y distanciamiento irónico y desesperado, la del marginado que escribe:

Todavía puede esta gente salvarse del cielo,
 pues al compás de los himnos las doncellas agitan
 diestramente los falos de los hombres.

"La santidad se desinfla en una carcajada", agrega Piñera, que nunca llega al arrebatado nihilista del que ha de vivir las agonías de la prisión y del sida. Y lo mismo puede decirse de otro poeta de *Orígenes*, Gastón Baquero (1918-1997). Véase un fragmento de "La fiesta del fauno":

Silbaba por el bosque
su blanda cancioncilla
el hermoso mulato,
aquel cuya mirada era
una llama verde y sofocada.
Volvía fatigado, pero recio
del duro trabajar de cada día.
Daba a la fresca tarde
la estatua de su cuerpo humedecido.
Era un astil de oro volando entre las ramas;
descalzo, con el torso desnudo, anudaba
a la estrecha cintura la camisa,
elástico y sereno el paso de poderoso
centauro o fauno renacido, silbaba
su dulce cancioncilla
bajo la tibia techumbre de las ranas.
Doradas piernas, estilizados muslos,
andar que la gacela imitaría,
iba el hermoso bosque de miel y de canela
olvidado de todo, viajero de su silbo deleitoso...

Raúl Gómez Jattin: la belleza de lo destruible

El colombiano Raúl Gómez Jattin (1945–1997) es un poeta extraordinario cuya muerte trágica lo vuelve una leyenda. El hermano de Raúl, Rubén, halla el origen de la locura en su decisión de asumirse como homosexual: "Creo que en su juventud luchó más contra eso que contra su esquizofrenia". Si me atengo a los textos, lo ocurrido es algo distinto:

Un probable Constantino Cavafis a los 19
Esta noche asistirá a tres ceremonias peligrosas
El amor entre hombres
Fumar marihuana
Y escribir poemas

Mañana se levantará pasado el mediodía
Tendrá rotos los labios
Rojos los ojos
y otro papel enemigo

Le dolerán los labios de haber besado tanto
Y le arderán los ojos como colillas encendidas
Y ese poema tampoco expresará su llanto

Gómez Jattin conoce a Cavafis por las traducciones, las que retienen el tono narrativo y la exploración de la melancolía agradecida y desencantada. Cavafis habla de Alejandría:

¿Por cuánto tiempo dejaré que mi mente
se desmorone en este sitio?
A donde voy, a donde miro,
contemplo las ruinas ennegrecidas de mi vida, aquí,
donde he estado tantos años,
desperdiándolos, destruyéndolos por entero.

Hay tristeza, ironía y resentimiento en Cavafis, pero no hay odio ni diatriba. Y, además, a varias generaciones de poetas latinoamericanos, no sólo gays, Cavafis les entrega una clave para extraer regocijo y libertad de la memoria de los hechos "prohibidos". Nunca se llega a Itaca, nunca se olvidará el cuerpo de las veces en que fue amado, nunca dejará de ser entrañable el acoplamiento de dos jóvenes en el cuarto alquilado de una taberna. En *Hijos del tiempo*, el libro impecable de Gómez Jattin, Cavafis es la presencia tutelar. La historia se reduce y se extiende en los relatos brevísimos donde toman forma algunos protagonistas de la cultura de Occidente. El texto "Scherezada" le pone otro nombre a la imaginación, que de loca de la casa deviene autocrítica del fervor:

El artista tiene siempre un mortal enemigo que lo extenua en su trabajo interminable y que cada noche lo perdona y lo ama: él mismo.

Y en "Antinoo" la *animula vagula blandula*, la pequeña alma blanda, es la del adolescente ceñido por el conquistador del planeta:

A veces siento miedo de perder su amor
Prefiero ahogarme en el río
Que los dioses se apiaden de mis diecisiete años
Yo tan ignorante y frágil y pequeño
Tengo un amante que es el dueño del mundo.

En numerosos textos, Gómez Jattin mezcla lo antiguo y lo moderno al referir, por ejemplo, su orientación sexual, sus "perversiones", su entendimiento de la animosidad en torno suyo, su espera de "ángeles clandestinos", su aceptación de la temática que inicia y renueva a la vez, donde las imágenes legitiman lo aborrecido socialmente:

Cuando llegas a mi cielo estoy desnudo
y te gustan las columnas de mis piernas

para reposar en ellas. Y te asombra
 mi centro con su ímpetu y su flor erecta
 y mi caverna de Platón erecta y gnóstica
 por donde te escapabas hacia la otra vida
 Y en ese cielo te entregas a ser lo que verdaderamente
 eres. Agresión de besos. Colisión de espadas.
 Jadeo que se estrella como un mar contra mi pecho.

Las libertades del Ahora

El chileno Pedro Lemebel (1955) es —si la síntesis cabe— un escritor marginal muy reconocido y un *freak* canónico, ambos hechos indisolublemente unidos por la desolación y la energía. Si los márgenes ya carecen del peso arrasador todavía prevaleciente hace unos años, el centro es un territorio en disputa, y a Lemebel le ponen sitio las miradas (las lecturas) de la admiración, el morbo, el regocijo de "los turistas de lo inconveniente", la extrañeza, la costumbre de la persecución.

Por lo demás, ¿qué le dicen a Lemebel las imprecaciones, que ha oído tanto que le parecen "rumor de época"? ¿Cómo sorprender al notable cronista de la sociedad que sólo reconoce la existencia de lo diverso tras la globalización y la experiencia de la dictadura de Pinochet? Al marginal, en todo caso, no se le vence con injurias y menos aún con expulsiones del Sancta Sanctorum de la Moral y las Buenas Costumbres: se le derrota con llamados a la autocompasión y la resignación. Esto se sabe: a los gays, sólo secundariamente se les reprime por ser distintos; en primerísimo lugar se les acosa, maltrata, humilla e incluso asesina con el fin de que los verdugos y sus cómplices aquilaten la mitomanía de su importancia viril. (Es notable la crónica de Lemebel sobre el incendio criminal de la discoteca gay en Valparaíso.)

"La mariconada gitanea"

Nuevos criterios estéticos... A esta tradición de cambiar la idea de exhibición por la de aceptación valiente y divertida, pertenecen entre muchos otros el argentino Néstor Perlongher, el mexicano Joaquín Hurtado, el puertorriqueño Manuel Ramos Otero, el cubano Reynaldo Arenas, y, un tanto más a distancia, el cubano Severo Sarduy y el argentino Manuel Puig. (Un punto de encuentro de casi todos ellos: el sida.) Es una literatura de la indignación moral (Perlongher, Ramos Otero, Arenas, Hurtado), de la experimentación radical (Sarduy), de la incorporación festiva y victoriosa,

de la sensibilidad proscrita (Puig). En todos ellos lo gay no es la identidad artística sino la actitud contigua que afirma una tendencia cultural y un movimiento de conciencia.

* * * * *

Un poeta muy apreciado por Lemebel, Néstor Perlongher (1949-1992), describe el ghetto:

Novedades de noche: satín terciopelo, modelando con flecos la moldura del anca, flatulencia de flujo, oscuro brillo. Resplandor respingado, caracoles de nylon que le esmaltaban de lamé el flaco de las orlas... Perdida en burla, de macramé, lo que pendía en esas naderías, ruleros colibrí, lábil orzuelo, era el revuelo de un codazo artero, en las calcomanías del satín comido (masticación de flutes, de bollidos).

En *Poemas completos* (Seix Barral, 1997).

Tramitadas por Lemebel estas mismas atmósferas son similares y opuestas. En Lemebel la intencionalidad barroca, igualmente desmesurada y compleja que la de Perlongher, es menos drástica, menos enamorada de sus propios laberintos, más ansiosa de invocar la complicidad del lector. También abomina del vacío, pero desdeña complejidades y enigmas y, como guardarropa alterno, elige el uso más sencillo del vocabulario. Así, Lemebel describe la intromisión del ghetto en la ciudad, las reverberaciones de lo prohibido en el momento en que los absolutos se desintegran:

La calle sudaca y sus relumbres derribistas de neón neoyorquino se hermanan en la fiebre homoerótica que en su zigzaguo voluptuoso replantea el destino de su continuo güeviar. La maricada gitanea la vereda y deviene gesto, deviene beso, deviene ave, aletear de pestaña, ojeada nerviosa por el causeo de cuerpos masculinos, expuestos, marmoleados por la rigidez del sexo en la mezcilla que contiene sus presas. La ciudad, si no existe, la inventa el bambolear homosexual que en el flirteo del amor erecto amapola su vicio. El plano de la city puede ser su página, su bitácora ardiente que en el callejear acezante se hace texto, testimonio documental, apunte iletrado que el tráfago consume (*De Loco afán*)

El desarrollo de la tolerancia y las ampliaciones de la modernidad eliminan gran parte del barroco del ocultamiento, aunque de ningún modo eliminan al barroco.

La narrativa: "No cabía duda de que aquello que le sucedía era lo que siempre había temido y rechazado"

Es casi natural la "mala lectura" de los textos "diversos". Sólo en fechas recientes la mirada social capta la orientación disidente; antes, en rigor, no la concibe. Una novela paradigmática: *Hombres sin mujer* de 1938, del cubano

Carlos Montenegro (1900-1981), relato de la deshumanización de las cárceles, donde el poder de humillación se ensaña con los "seres inferiores", los "pájaros", los invertidos.

Hombres sin mujer advierte en el infierno de los penales el espacio de los deseos sexuales sin trabas, y el descubrimiento de las fuerzas amoratorias reprimidas. Se abandonan la mirada moralista y las divisiones rígidas de la libido. En un momento, Pascasio, el hombre fuerte negado durante ocho años a saciar sus pulsiones con otro hombre, percibe el atractivo irresistible de un afeminado:

De súbito, una idea lo asaltó haciéndolo detenerse sobresaltado. Se pasó una mano por la frente sudorosa y mordió un grito que no llegó a emitir. Se vio semejante a un pedazo de tierra en el que la Morita, como una planta, crecía, extendiendo dentro de él las raíces que le reptaban por el pecho, por los músculos de los brazos y por la garganta, hasta abrazarlo todo, como si fuesen ramificaciones de un cáncer, oprimiéndole el corazón y quebrándole la voz.

En la prisión sin visitas conyugales, la terquedad machista dura hasta que la obsesión sexual lo permite. Al sentirse Pascasio avasallado por la fuerza de Andrés, experimenta, sin ese nombre, el gozo de la pasión otra:

No cabía duda de que aquello que le sucedía era lo que siempre había temido y rechazado. No importaba que fuera distinto a lo de Morita; que sus sentidos no hubieran intervenido para nada en la fuerza maravillosa de su espíritu, pero se veía manchado, a punto de sentirse pegajoso, semejante a sus compañeros que despreciaba. Y no obstante, era otro Pascasio, veía algo que nunca antes se manifestó en él y que, contradictoriamente, parecía elevarlo sobre el mundo que hasta entonces se debatiera. Era un Pascasio nuevo que se alzaba de sus propias ruinas, jubiloso y fuerte, con toda su capacidad de sufrir y gozar superada hasta lo imposible. Era la suya una felicidad superior a cuanta había soñado.

Reinaldo Arenas: el exilio desde siempre

En 1989, Reinaldo Arenas (Holguín, Cuba 1943-Nueva York 1990), publica un poema último, "Autoepitafio". Allí imagina el rito de su desaparición:

Ordenó que sus cenizas fueran lanzadas al mar
donde habrán de fluir constantemente.
No ha perdido la costumbre de soñar;
espera que en sus aguas se zambulla algún adolescente.

A lo largo de nueve novelas, y de poemas, cuentos, ensayos, Arenas escritor compulsivo, forja personajes memorables, odia con lucidez amarga, ama sin confianza en la reciprocidad, y es sin descanso cruelmente autobiográfico. Tal parece que su única patria no es la vida, trituradora, ni Cuba, la

isla sojuzgada por el tirano que envilece el pasado y degrada a quienes allí no pueden abandonar el presente; no, la patria concebible es la autobiografía, el contarle a Algunos que se ha sido Alguien, la trayectoria del desastre y el deseo que la literatura armoniza. Es autobiográfico *Celestino antes del alba* (1967), la historia de un idiota, llena de sonido y de furia que por lo mismo significa todo, y es autobiografía el resto de lo que Arenas llama la *Pentagonía: El palacio de las blanquísimas mofetas* (1973), *Otra vez el mar* (1982), *El color del verano* (1991) y *El asalto* (1991). Esto para ya no insistir en *Antes que anochezca* (1992), uno de los documentos más insólitos de la literatura latinoamericana del siglo xx.

Arenas escribe para inventar un personaje y vive con tal de hacerse de los hechos que enriquezcan al personaje. En sus textos, el Yo se quiere invulnerable a la muerte que es el olvido, a la muerte que es la continuidad del exilio por medios sedentarios. El "fluir constante" de las cenizas en el mar, la conversión del autobiógrafo en mar y urna cineraria, que aguarda el cuerpo del deleite ("espera que en sus aguas se zambulla algún adolescente"), son mitología levantada como muro de contención ante la dictadura de Fidel Castro, la cárcel, la homofobia, la traición de los débiles, la sumisión del pueblo, la enfermedad, la insaciabilidad erótica.

Tal vez, en el sentido de la voracidad autobiográfica, el libro menos personal de Arenas es *El mundo alucinante* (1969), el relato de las andanzas de Fray Servando Teresa de Mier en la Nueva España y el México independiente. *El mundo alucinante* es la excepción en una voluntad escritural que tiende a ceñirse a los temas cubanos, y que esta vez se centra en el recuento del exilio, del hombre forzado por la autoridad (la corona de España, la Inquisición, la Santa Madre Iglesia) a escapar siempre, a sólo permanecer en el ámbito de la inteligencia que es defensa de la razón y la libertad. El resto de la obra de Arenas es obsesivamente cubana en su temática, sus querellas, su deseo de perdurabilidad, su visión del infierno del régimen y el cielo del coito homosexual. Me refiero a *Con los ojos cerrados* (1981), *El Central* (1981), *Termina el desfile* (1981), *Arturo, la estrella más brillante* (1984), *Necesidad de la libertad (Mariel: testimonios de un intelectual disidente)* (1986), *La Loma del Ángel* (1987), *El Portero* (1989), *Voluntad de vivir manifestándose* (1989), *Leprosario (Trilogía política)* (1996), *Viaje a La Habana* (1990), *El color del verano* (1999). Y, como le sucede a los escritores cubanos desde 1959, para Arenas *Cuba* es al mismo tiempo la opresión y la formación emotiva y literaria, el universo carcelario y las grandes libertades que se alojan en el *pese a todo*.

El disgusto de sí, el rechazo de otros

La autobiografía del exiliado. Por los azares y tormentos de su vida, de la niñez campesina al descubrimiento de la avidez homosexual en La Habana, de la cárcel de El Morro a la toxoplasmosis y el sarcoma de Kaposi, Arenas, prisionero y exiliado a la fuerza, se considera el símbolo del oprimido que se libera. Por eso, más allá de la práctica deseante y la sociedad adjunta, la importancia extrema de la homosexualidad en su vida y su obra. En la óptica el militarismo, el *marica*, envilecido por su disposición sexual y su incapacidad de adaptarse a las exigencias del Hombre Nuevo es un traidor en potencia y en acto. Al estigma y sus consecuencias brutales, Arenas responde con la más descarnada exaltación y la más virulenta denigración de la homosexualidad, la carencia de ataduras, la pasión falocéntrica, el sometimiento físico que es imposición de la voluntad del sometido. En *El color del verano*, un personaje, el viejo bugarrón (bugarrón es el bisexual que es siempre activo y no soporta a los afeminados) es el lado soterrado de la historia nacional. Un negro, exiliado social desde la epidermis, es "el bugarrón número uno de la Isla de Cuba... el único que se templó a Mella, a Grau San Martín y Batista" (todos ellos notables bugarrones).

El bugarrón sodomiza al héroe comunista, el político débil y corrupto, el dictador ineficaz. En la literatura de Arenas todo se vuelve un acto insólito, porque el gozo perdurable es el de la transgresión. Si Arenas se exhibe desdentado, ruin en sus enconos, calumnioso, salaz, el poseído incesante, el que no respeta porque no se le ha respetado, no es sólo para lacerarse como el marginal que representa el heroísmo inconcebible, sino con tal de construir la escritura de la diferencia.

Arenas necesita desmitificarlo todo, para empezar la propia homosexualidad, presentada con énfasis anterior al enfrentamiento en 1969 de un puñado de travestis con policías en el bar Stonewall de Nueva York, acontecimiento que lanza a la luz pública el movimiento gay. Nada hoy más antiguo ni más autodestructivo que este fragmento de *Antes que anochezca*:

Lo normal no era que una loca se acostara con otra loca, sino que la loca buscara a un hombre que la poseyera y que sintiera, al hacerlo, tanto placer como ella al ser poseída.

La militancia homosexual ha dado otros derechos que son formidables para los homosexuales del mundo libre, pero también ha atrofiado el encanto maravilloso de encontrar con una persona heterosexual o bisexual, es decir con un hombre que se sienta el deseo de poseer a otro hombre y que no tenga que ser poseído a la vez.

Lo ideal en toda relación sexual es la búsqueda de lo opuesto y por eso el mundo homosexual actual es algo siniestro y desolado; porque casi nunca se encuentra lo deseado.

En *Antes que anochezca*, conviven dos visiones de la disidencia sexual: la de *la loca* a la antigua y la del gay que, al expresarse "morbosamente", puntualiza sus derechos. El amor antes tan inhibido, muda de sitio al decir su nombre y detallar sus prácticas, y esto pasa porque la simple consignación del deseo y sus modos de satisfacerlo, se propone humanizar la conducta que de tan oculta y no escrita parecía más abominable.

Y Arenas, en sus recuentos, es obsesivo. Véase *Arturo, la estrella más brillante*, la historia de un joven detenido en las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción) que se escapa a través de la lectura: "Arturo empezó a viajar, empezó a conocer, a construir en grande, empezó a vivir..." El placer de la lectura lo lleva a la autonomía psicológica frente al campo concentracionario, del que se escapa en pos de la creación sólo para que lo fusile el escuadrón que sale en su búsqueda.

En su poema "Voluntad de vivir manifestándose", del libro del mismo título, Arenas resume esta etapa:

Me han sepultado.
Han danzado sobre mí.
Han apisonado bien el suelo.
Se han ido, se han ido dejándome bien muerto y enterrado.
Este es mi momento.

Esto explica la saña contra Arenas en 1973 cuando es detenido junto con un amigo en la playa de Guanabo. Han tenido relaciones sexuales con unos jóvenes que se llevan sus pertenencias, el amigo los denuncia a la policía, se apresura a los jóvenes, van a la estación de justicia y, refiere Arenas en *Antes que anochezca*:

Los muchachos llegaron muy campantes allí con los bolsos y dijeron: "Estos son unos maricones que trataron de rascabucharnos, nos tocaron la pinga y les cogimos los bolsos porque les caímos a golpes y ellos salieron huyendo. En realidad, íbamos con los bolsos a la estación de policía para entregarlos". La historia no era creíble, pero, evidentemente nosotros éramos homosexuales y los muchachos, por demás, tenían un tío que era policía y trabajaba en la estación de Guanabo. De manera que de acusadores pasamos a acusados, y esa noche ya estábamos arrestados y dormimos allí en la estación de policía.

Lo que sigue es la pesadilla totalitaria de Reinaldo K. De 1974 a 1976 vive en la cárcel de El Morro y en prisiones "abiertas". A partir de la detención, el ritmo de *Antes que anochezca* se intensifica con la descripción extraordinaria de castigos, costumbres y personajes que son apuntes de historias del "realismo trágico". Un homosexual preso es menos que nada,

el exilio interior alcanza el clima del delirio, la sexualidad irrefrenable y mítica se ejerce en el abismo, la picaresca se transforma en escenario gótico. No hay lugar para la solidaridad externa y el sufrimiento es otro más de los homenajes al régimen.

La persecución endurece a Arenas, implacable en su desprecio por los enemigos, y que le niega afectos y reconocimientos a su propia especie. ¿De qué vale ser escritor si recibe el castigo por un prejuicio que, además, nunca se razona judicialmente? En 1974 le pregunté a un funcionario cultural de Cuba sobre la suerte de Arenas, y obtuve esta respuesta: "Mira, cometió un crimen terrible y la Revolución lo reeduca".

El mundo carcelario es el horror inevitable con el añadido de la vigilancia política. Arenas describe los suicidios y los asesinatos:

También en estos casos de aparente suicidio estaba, a veces, la mano larga del Estado. Allí en nuestra celda, llena de presos comunes, había gente de la Seguridad del Estado; era difícil poder descubrirlos, pues a veces se pasaban un año recibiendo golpes y viviendo en medio del excremento, como nosotros, y luego resultaban ser oficiales de la Seguridad que estaban allí para informar sobre cualquier actividad política que tuviéramos los presos en la cárcel.

En este tiempo, el sostén anímico de Arenas es la lectura de *La Iliada*.

* * * * *

Si en cierta medida Arenas es un descendiente natural de las actitudes del grupo en torno a la revista *Orígenes*, en otro sentido su resistencia a la retórica neoclásica, a las seducciones de la metáfora elaborada y a las veneraciones culturales, le impiden compartir la magia minoritaria que despliegan las revistas *Orígenes*, *Ciclón* y *Nadie parecía*. Con tal de estar íntegramente dentro de sí mismo, Arenas desafía el buen gusto, la sobriedad, la reticencia, el cuidado del secreto. Jamás habría escrito como Ballagas: "La carne es un laurel que canta y sufre". A tal punto la Revolución y sus represiones devastan a Arenas que su exilio es sede simultánea del gozo y el suplicio, donde no hay sitio para el clóset o el armario de las inhibiciones. *Antes que anochezca* es un libro ceñido a la épica de los siete minutos del acto sexual, a la hazaña de las erecciones y las culminaciones que, efectivamente, levantan a la Isla en peso. Lo majestuoso de Arenas es su desdén brutal por la majestuosidad, su convertir la degradación impuesta en materia prima de su venganza y sus logros, de la creación literaria.

Exaltado, Arenas describe la sexualidad *otra* de los soldados castristas que templan con *pájaros*:

Quizá secretamente intuían que estaban haciendo algo prohibido, que caían bajo la ley de la peligrosidad, bajo el signo de la maldición y, por eso, cuando les llegaba aquel momento, se mostraban con tanta plenitud y tanto esplendor, jugando cada instante, conscientes de que podía ser el último pues les podía costar muchos años de cárcel. Por otra parte, no se practicaba la prostitución, sino el goce; era el deseo de un cuerpo por otro cuerpo, era la necesidad de satisfacerse. El placer realizado entre dos hombres era una especie de conspiración; a lo que se daba en la sombra o en pleno día, pero clandestinamente; una mirada, un parpadeo, un gesto, una señal, eran suficientes para iniciar el goce total. La aventura en sí misma, aun cuando no llegara a culminar en el cuerpo deseado, era ya un placer, un misterio, una sorpresa...

Según Arenas la libertad mayor es realizar pese a todo los deseos heterodoxos, porque en un régimen de la doble mentira (la militancia sin fisura y la moral indefinible), un escritor que a través de la escritura refrenda su opción marginal, es un enemigo a largo plazo. En sus últimos días, consumido por el sida, Arenas redacta su testamento:

Queridos amigos: debido al estado precario de mi salud y a la terrible depresión sentimental que siento al no poder seguir escribiendo y luchando por la libertad de Cuba, pongo fin a mi vida. En los últimos años, aunque me sentía muy enfermo, he podido terminar mi obra literaria, en la cual he trabajado por casi treinta años. Les dejo pues como legado todos mis terrores, pero también la esperanza de que pronto Cuba será libre. Me siento satisfecho con haber podido contribuir aunque modestamente al triunfo de esa libertad. Pongo fin a mi vida voluntariamente porque no puedo seguir trabajando. Ninguna de las personas que me rodean está comprometida en esta decisión. Sólo hay un responsable: Fidel Castro. Los sufrimientos del exilio, las penas del destierro, la soledad y las enfermedades que haya podido contraer en el destierro seguramente no las hubiera sufrido de haber vivido libre en mi país.

Un escritor agonizante contra la potencia del dictador al que apoyan los reflejos condicionados de la izquierda autoritaria en el mundo. El duelo es más que desigual, y Arenas (su obra literaria, su actitud límite) a fin de cuentas, no es uno de los vencidos. Con enorme talento transforma su tragedia en materia creativa y esa resistencia permanece ●

